

EL NORTE, LOS NORTES VISTOS DESDE EL SUR: EL RECURSO DEL MÉTODO DE ALEJO CARPENTIER

Raquel Arias Careaga

Universidad de Nueva York en Madrid

Como introducción a *El recurso del método* quisiera recordar las palabras de un escritor francés, que al preguntarse por la naturaleza del hecho literario se respondía así:

Indudablemente, la obra escrita es un hecho social y el escritor, antes incluso de tomar la pluma, debe estar profundamente convencido. Hace falta, en efecto, que esté muy al tanto de sus responsabilidades. Es responsable de todo: de las guerras perdidas o ganadas, de las revueltas y represiones; es cómplice de los opresores, si no es el aliado natural de los oprimidos (Sartre 1957: 39).

Palabras que encuentran un eco directo en el autor de *El recurso del método* al referirse a la función social del novelista en la sociedad contemporánea: “el que juzga un acontecimiento se compromete. La idea no tiene nada de nuevo, ustedes lo saben: quien no se compromete, se compromete igualmente” (Carpentier 1984: 176).

Estas dos citas nos introducen de lleno en lo que podríamos considerar el subgénero narrativo al que pertenece *El recurso del método*, y que no es otro que la novela del dictador, tema bien fructífero en la producción literaria latinoamericana (Calviño 1985) desde finales del XIX y hasta nuestros días con la hasta ahora última novela de Vargas Llosa, sin olvidar que será una novela española la que sentará las bases de la representación literaria moderna de la figura del dictador. Efectivamente, en 1926 Valle-Inclán publica *Tirano Banderas* convirtiéndose a partir de entonces en referencia obligada de cuantos dictadores transitan por la literatura escrita en español. Esto no significa, sin embargo, que estemos hablando de una serie de relaciones intertextuales; antes al contrario será la ineludible realidad latinoamericana el substrato principal del que se nutren las novelas de dictadores, convirtiéndose en la expresión directa de esa constante de la organización del poder en Latinoamérica desde la independencia (Gersak 1998: 137). De esta forma, toda la serie de novelas a las que me refiero (inauguradas por Esteban Echevarría con *El matadero* en 1838, según Julio

Calviño Iglesias 1985: 23) sería un reflejo, pero sobre todo una respuesta a la situación política, económica y social vivida en los países de habla hispana¹.

Alejo Carpentier publicó *El recurso del método* en 1974, el mismo año en que apareció *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos y un año antes que *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, tres de las principales novelas pertenecientes al subgénero del que estamos hablando², precedidas por *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias en 1946. Todas ellas representan un intento de análisis de una de las realidades más terribles de América Latina como decía antes, la sucesión de dictadores en el poder desde la independencia. Pero quizá uno de los aciertos fundamentales de la novela de Carpentier, además de la utilización del humor y la construcción polifónica de la voz del narrador, es haber creado un dictador que es todos los dictadores en un país que es todos los países latinoamericanos³, construyendo así ante el lector el comienzo del siglo XX latinoamericano en su totalidad y no sólo eso, ya que toda la obra está estructurada sobre la relación dialéctica Norte-Sur, de manera que si bien el texto se centra en la vida y personalidad de ese dictador su presencia en el poder no se puede explicar sin la tutela de un Norte dividido en dos como veremos más adelante.

No debemos olvidar que la literatura latinoamericana del siglo XX permite una clara confrontación entre los conceptos Norte-Sur desde una perspectiva nueva, ya que el punto de vista se sitúa ahora en el lugar que hasta ese momento había sido objeto de estudio, conquista, explotación y colonización. La literatura latinoamericana habla desde el Sur, incluso la literatura escrita por aquellos autores que se instalaron en el Norte por muy diversas razones. Estas obras, ya desde Rubén Darío o antes incluso con José Martí, están reivindicando de muy diversas maneras aquello que afirmara el también poeta Mario Benedetti: "El sur también existe", y no sólo como objeto, sino como sujeto histórico. Pero es evidente que la presencia de la cultura europea será constante en estas producciones literarias como substrato cultural ineludible.

[1] En este punto debemos recordar que *Tirano Banderas*, si bien está situada en un supuesto país latinoamericano y responde en buena medida al conocimiento directo de México que tenía Valle-Inclán, aparece en plena dictadura de Primo de Rivera en España.

[2] Una comparación entre las tres nos la ofrece Mario Benedetti (1976).

[3] Los referentes reales que configuran la figura de este dictador son Porfirio Díaz, Guzmán Blanco, Rafael L. Trujillo, Gerardo Machado, Cipriano Castro, Estrada Cabrera. Véase Müller-Bergh (1981: 121), Benedetti (1976: 12) y Carpentier (1985: 271, 331 y 342). Aunque el escritor cubano no lo menciona, es fácil rastrear también la presencia del dictador español Francisco Franco o del argentino Perón y su esposa Evita. No hay que olvidar tampoco la importancia de la figura literaria del pícaro en la formación del personaje. Véase Jones (1983) y Carpentier (1985: 206).

Para acercarnos a una novela como *El recurso del método* debemos además tener en cuenta los distintos significados que la palabra *Norte* tiene en nuestra lengua: por un lado, el Norte geográfico, real, fácilmente verificable en los mapas y por otro lado, ese Norte metafórico, polo de atracción hacia el que se dirigen miradas, impulsos y anhelos, convirtiéndose en modelo y en espejo. También es posible desdoblar el *Sur* como concepto para que además del geográfico se convierta en sinónimo de subdesarrollo.

Este desdoblamiento de los dos conceptos es fundamental en *El recurso del método*, escrita desde el Sur, en el doble sentido, y mirando hacia el Norte, en el doble sentido también. Pero esa mirada es sobre todo histórica y propone una lectura crítica del encuentro Norte-Sur y sus repercusiones en Latinoamérica.

Esta es precisamente la intención que subyace en la novela, que, ya desde el título, está estableciendo las comunes coordenadas de una visión del mundo que a partir del siglo XVII se impondrá como la más genuinamente europea y en concreto francesa: el racionalismo. Pero al mismo tiempo, Alejo Carpentier marca claramente la distancia, no sólo espacial, que media entre ese Norte y un Sur que trata de asumir una teoría que choca frontalmente con su propia realidad.

1. Descartes y la fundación del pensamiento racionalista

René Descartes publicó el *Discurso del método* (1637) al calor de una época en la que el mundo natural y físico estaba empezando a ser explicado científicamente a pesar de la feroz oposición del sector eclesiástico, único poseedor de la verdad absoluta y de la explicación última de todo cuanto el hombre podía observar o imaginar. Tal osadía fue duramente castigada en casos como el de Giordano Bruno, Galileo Galilei o Miguel Servet, pero el espíritu despertado por estos hombres no pudo ser enterrado con ellos. Descartes, sin ir tan lejos como los citados⁴, centró sus análisis en un nuevo instrumento específicamente humano con el que era posible entender y dominar toda la realidad circundante: la razón.

Este movimiento, cuyos orígenes están ya en los humanistas renacentistas, alcanzará su máximo esplendor en el Barroco con obras como el *Novum Organum* (1620) de Francisco Bacon y culminará con el *Discurso del método* de René Descartes. La intención era encontrar un instrumento, un método, que permitiera hallar la

[4] Como afirma Juan Carlos García Borrón (1988: 11), “La voluntad de no oponerse al orden postridentino es una constante en la producción filosófico-literaria cartesiana”.

clave del avance científico y que al mismo tiempo pudiera ser aplicable a cualquier materia, dando lugar a la vez a una filosofía más cercana a la ciencia que a las inestables controversias que la habían caracterizado hasta entonces. Para ello, Descartes decidió introducir métodos matemáticos en la filosofía, tratando con ello de alcanzar “un criterio de verdad no sensible, sino inteligible y deductivo” (García Borrón 1988:14).

El conocimiento de las bases del *Discurso del método* es básico para comprender el uso que hace de él el escritor cubano en su novela. A grandes rasgos debemos recordar que se trata de una obra aparentemente autobiográfica en la que el autor expone las cuatro reglas principales del método descubierto⁵, así como las líneas generales de su metafísica. Las características principales de esta obra, que ha sentado los pilares del pensamiento occidental⁶, parten de la idea fundamental de que la razón explica la existencia del hombre, el famoso “pienso, luego existo” o “pienso, luego soy”. A partir de este supuesto, todo conocimiento que llegue a través de los sentidos es cuestionado y rechazado como engañoso, de la misma forma que es frontalmente descartado todo aquello que no resulta evidente para la razón, es decir, aquello que no resista la prueba del criterio de verdad racionalista. Ante este cuestionamiento general de la realidad sensible y de la imaginación, que no es sino una facultad anímica distinta de la razón y que puede interferir negativamente en ella, sólo queda en pie una certeza: la capacidad de dudar de todo, capacidad que es la prueba evidente de la existencia del pensamiento y del ser que piensa.

Pero no se trata sólo de explicar el mundo desde una perspectiva racionalista; Descartes establece lo que denomina una “moral provisional”, según la cual debe regirse el comportamiento humano y cuyas claves son el sentido común y la moderación, que dan lugar a las siguientes reglas:

respetar las costumbres de nuestro mundo, las leyes y la religión; seguir las opiniones más moderadas y alejadas del exceso, las más comúnmente admitidas por los sensatos (las cuales, en caso de error, nos alejarían menos de la verdad); firmeza y decisión en las propias acciones [...]; procurar siempre vencerse a sí mismo, más bien que empeñarse en vencer a la fortuna, y estar más dispuestos a cambiar los propios deseos que no el orden del mundo (García Borrón 1988: 20; véase también Reale 1988: 336-338).

[5] Una enumeración de estas cuatro reglas se puede encontrar, entre otros, en Giovanni Reale y Dario Antisei (1988: 315-316).

[6] Es indudable que el método racionalista es el que caracteriza el espíritu científico de nuestros días, véase Juan Carlos García Borrón (1988: 29-30), Auguste Valensin (1963: 37) y Copleston (1984: 144-145).

Como es fácil observar, dichas reglas chocan poderosamente con la realidad latinoamericana que Alejo Carpentier describe en su novela. A partir de la confrontación entre teoría y realidad, el autor cubano va construyendo la oposición Norte-Sur, con una característica muy especial, la existencia de un Norte multifacético y en un proceso de evolución y modernización que tiene unas consecuencias directas sobre el Sur, territorio en disputa.

2. Los recursos del método: la puesta en práctica del discurso del método

La acción de *El recurso del método* se sitúa en las primeras décadas del siglo XX, entre 1913-1927, con una referencia final que llega hasta 1972, año en el que Carpentier está escribiendo la novela. Esta época histórica está marcada por la Primera Guerra Mundial (1914) que supone el fin de un eurocentrismo hasta entonces inquestionable en todos los ámbitos, fueran estos culturales, económicos o políticos. Sin embargo, antes de esa fecha tan concreta se estaban produciendo movimientos en todos los terrenos que desde hacía tiempo habían empezado a socavar la hegemonía europea.

Así por ejemplo, la aparición de teorías, pensadores e ideas fundamentales para el recién iniciado siglo XX, supuso el resquebrajamiento de las sólidas bases del racionalismo y del positivismo. La teoría de la relatividad de Einstein, que prescindía de los axiomas evidentes para el sentido común (cf. con lo expuesto más arriba sobre el pensamiento cartesiano); la necesaria transformación de la realidad preconizada desde el siglo anterior por la teoría marxista y que se materializa por primera vez en 1917, pero que condicionará decisivamente las luchas sociales en todo el mundo; el pensamiento irracionalista que a partir de Schopenhauer y sobre todo de Nietzsche supone una crítica radical de la cultura occidental, relegando a la razón frente a los instintos vitales, línea irracionalista que culmina con Freud y la importancia que a partir de él tendrá no el pensamiento lógico, sino el inconsciente como base de la conducta humana. La manifestación artística que heredará esta corriente irracional será en la década de los años 20 el surrealismo o superrealismo, movimiento bien conocido por Alejo Carpentier y por muchos otros escritores latinoamericanos que se vieron directamente influidos por él.

Todas estas reacciones contra el excesivo racionalismo que había sufrido su peor golpe en 1914, dando lugar a una guerra de proporciones devastadoras, implican también el cuestionamiento de la herencia recibida en Latinoamérica, cuyos autores se alejan conscientemente de un modelo cultural ajeno para buscar una expresión propia que pueda dar cuenta de una realidad diferente. El Sur empieza a distanciarse

de un Norte que es analizado ahora como origen de una imposición cultural y política causante de las desigualdades económicas que mantienen postrado al continente latinoamericano en una dependencia difícil de romper. Fruto de estas nuevas búsquedas estilísticas es la aparición del realismo mágico, y antes, de lo real maravilloso, estilo del que es fundador indudable Alejo Carpentier. Como él mismo declara, la realidad latinoamericana se impone ante los juegos de artificio de la literatura europea, que estaba intentando provocar lo maravilloso desde las novelas de caballería del ciclo artúrico hasta los trucos de prestidigitación de los surrealistas franceses (Carpentier 1964: 9-10). De esta forma, el realismo mágico supone la inversión de una mirada literaria que mira América no como reflejo de las ilusiones y espejismos europeos, sino como productora ella misma de una nueva realidad diferente e independiente de la mirada del viejo continente.

En este contexto, el recurso del que Carpentier hace objeto a Descartes es el cuestionamiento de toda una herencia cultural impuesta que ante esta nueva perspectiva aparece como inútil, e incluso, susceptible de las más abominables aberraciones en nombre de un racionalismo imposible de implantar en América:

Todos los capítulos –son veintidós– aparecen enlazados entre sí, de una manera imperturbable, por reflexiones de Descartes tomadas del *Discurso*, las *Meditaciones filosóficas* y el *Tratado de las pasiones* que, a pesar de su rigidez de pensamiento, vienen a justificar unos actos completamente delirantes. Es decir, hay una constante oposición entre un pensamiento cartesiano que, mal usado, podría encubrir los peores excesos. Osea, lo contrario de lo que Descartes pensaba y que demasiado a menudo se ha visto en nuestro continente (Carpentier 1985: 212-213).

Así explica el autor la base sobre la que se construye la novela, en esa oposición teoría–realidad que está presente en el juego de palabras del título: lo que en Europa es discurso, en América es recurso, y que le permite además una incursión en la evolución histórica sufrida por el continente americano en lo que él denomina la década “más importante que en este siglo haya vivido en lo artístico, literario e ideológico América Latina. Y una década, acaso, ¡la década más importante de toda su historia!” (Carpentier 1985: 200). Como veremos en el desarrollo de la novela, esto significa que a partir de entonces cualquier acontecimiento tendrá unas repercusiones mundiales de las que ningún país quedará excluido.

Si nos detenemos en esas citas que van dando paso a la historia de uno de tantos dictadores latinoamericanos, veremos que cada una de ella introduce una ver-

sión práctica que transforma en una aberración la teoría enunciada en las citas cartesianas. La primera cita es una introducción de toda la novela y de la vida del dictador protagonista. La inocencia de la frase de Descartes queda así transformada en una justificación de todas las barbaridades cometidas por el Primer Magistrado: "...mi propósito no es el de enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para guiar acertadamente su razón, sino solamente el de mostrar de qué manera he tratado de guiar la mía" (Carpentier 1984b: 10. Las demás citas con la página en el texto). A partir de esta primera declaración de principios asumida por el Dictador⁷ se van desplegando ante el lector una tras otra las ideas cartesianas y su reverso, su materialización práctica. Así, la escena primera, el despertar del Primer Magistrado a la que volveremos más adelante, es el despertar de los sentidos, la sucesión de sensaciones y recuerdos en todo opuesta a la búsqueda racional cartesiana que rechazaba ese camino por engañoso. Como expresión máxima de esa perversión de la teoría de Descartes el personaje se concentra en el recuerdo de la noche anterior pasada en un burdel de lujo de la capital francesa, burdel famoso por las representaciones teatrales que colman las fantasías eróticas de los clientes: ¿engaño de los sentidos?, ¿culminación del placer sensual? (13-14).

La represión de que es objeto su país para mantener el orden y acabar con las revoluciones, "escarlatinas y sarampiones de pueblos jóvenes, impetuosos, apasionados, de sangre caliente, a los que era preciso, a veces, imponer una cierta disciplina", se apoya en la frase de Descartes según la cual "Los soberanos tienen el derecho de modificar en algo las costumbres" (26). Los golpistas que ponen en peligro el poder del Primer Magistrado y le obligan a dejar París para volver a Latinoamérica se igualan con los "reformadores" de Descartes con cuya cita se abre el segundo capítulo. La definición que hace el filósofo francés del concepto *cuerpo* es destruida por los sistemas utilizados por la policía del Dictador para hacer desaparecer a los opositores. Dice Descartes: "Por cuerpo entiendo todo aquello que puede llenar un espacio, de tal manera que cualquier otro cuerpo quede excluido de él" (65). Pero los torturadores latinoamericanos han conseguido desmentir dicha definición: "cada uno de esos bloques encerraba un cuerpo disfrazado y enmascarado, moldeado por la dura materia que lo envolvía —perfecta inscripción de una estructura humana dentro de un sólido" (209).

En un ejemplo directo de la oposición Norte-Sur, el Primer Magistrado descubre que su imperiosa necesidad de masacrar a todo un pueblo indefenso ante el peligro de una revolución popular no es comprendida en París e incluso escandaliza a sus

[7] Como afirma María del Carmen Cerezo, el sujeto que enuncia esas citas no es ya Descartes, sino el propio Presidente y el referente no es el discurso filosófico, sino el político, de la misma manera que el campo de asociación no es Francia y el racionalismo, sino Latinoamérica y un gobierno dictatorial (Cerezo 1981: 98).

amigos europeos al ver las fotos que un fotógrafo francés ha hecho de los cadáveres, colocándolos previamente para conseguir una mayor efectividad de sus fotos en un ejemplo de "racionalismo". Una vez más Descartes viene en su ayuda al explicar que "Todas las verdades pueden ser percibidas claramente, pero no por todos, a causa de los prejuicios" (89).

Esta constante oposición y utilización de las ideas cartesianas frente a la realidad del país del dictador (Mejía 1975: 156) llega a su punto máximo cuando el poder de éste empieza a ser socavado ya no con las intentonas golpistas de sus propios generales, sino con los misteriosos atentados dentro de su propio palacio, la aparición de octavillas denunciando sus abusos de poder en todos los sentidos, y por fin la pérdida de apoyo de los Estados Unidos, hecho determinante para que se produzca el fin de la dictadura y el paso hacia una democracia controlada desde el Norte como veremos más adelante. La incapacidad del Primer Magistrado para comprender quiénes son sus enemigos aparece encabezada por otra cita de Descartes: "hay algo como un poderoso y astuto engañador que usa de todas sus mañas para tenerme constantemente engañado" (177). La pérdida del favor norteamericano aparece expresada con la siguiente duda del filósofo: "*soy, existo, esto es cierto. Pero... ¿por cuánto tiempo?...*" (211). El proceso final de su dictadura amenazada va siguiendo el compás de las citas de Descartes en las que podemos ver claramente la evolución de su decadencia: "No considero que el Miedo o el Espanto puedan ser loables o útiles" (228); "...hay mayor honra y seguridad en la resistencia que en la fuga" (245); "si la partida es harto desigual más vale optar por una honrosa retirada o abandonar el juego antes que exponerse a una muerte segura" (265).

El cambio de registro y la descontextualización de las citas de Descartes permiten esta utilización pervertida del texto cartesiano para justificar y explicar una realidad que existe en otras coordenadas y a la que no se puede trasplantar sin más una forma de pensamiento útil en el Norte, perversa en el Sur. Esas realidades distintas hacen necesaria incluso una modificación del discurso racionalista para poder dar cuenta de las formas de vida desarrolladas en el Sur. Así, el famoso "pienso, luego soy" es transformado como venía anunciando la primera escena de la novela en un "Veo, luego soy" (285) e incluso en un "Siento, luego soy" (309) pronunciado por el Dictador exiliado definitivamente en París durante su última vista al famoso burdel francés.

Pero la referencia a la relación dialéctica entre los dos mundos encarnada en la figura del Primer Magistrado será la que cierre la novela, volviendo a recordar que el Norte y el Sur están imbricados íntimamente. No es el dictador el único culpable de esa perversión, ya que volviendo a Descartes una vez más, "La enredadera no llega más arriba que los árboles que la sostienen" (340), cita que pone punto final a la vida de ese dictador de dictadores, producto de la admiración por la cultura del Norte,

cultura trasnochada (Carpentier 1985: 307) pero profusamente utilizada para mantener una situación de opresión.

En este sentido es fundamental la estrecha relación que se establece entre el poder del dictador latinoamericano y su admiración por París, modelo siempre deseado pero imposible de transplantar a su propio país, con algunas mínimas pero significativas excepciones como veremos. Uno de los recursos que utiliza Carpentier para marcar esta relación es la constante movilidad entre los dos espacios en los que se mueve el personaje. De hecho, es interesante que el comienzo de la novela y la presentación del Primer Magistrado se produzca en París, no tanto para subrayar la atracción que la capital francesa ejerce sobre las elites dirigentes latinoamericanas, sino más bien para destacar las diferencias. *El recurso del método* empieza con el despertar del Primer Magistrado, despertar complicado por la dificultad que tiene el personaje para ubicarse temporalmente, a pesar de la ayuda que le proporciona ese “portento de relojería suiza” (11) que es su despertador. El reloj no sirve para medir el tiempo del dictador ya que éste está sumergido en un tiempo subjetivo completamente ajeno al tiempo histórico. Así, su período como gobernante se mide en función de las sucesivas asonadas militares que ponen en peligro su posición en el poder más que por una temporalidad lineal. Tan importante es esta imprecisión temporal, que la escena inicial se convierte en un *leit motiv* repetido exactamente igual en tres ocasiones a lo largo de la novela y cuya función será sumergir al dictador y a su sistema político en una recurrencia temporal, en un círculo que será roto por otros hombres instalados realmente en el devenir histórico.

Hay además otra cuestión: el tiempo europeo no es el tiempo americano y así como un maravilloso y exacto reloj suizo no sirve para saber qué hora es⁸, tampoco la explicación de la realidad europea puede transplantarse tal cual al nuevo continente, porque como dice Carpentier, “la historia de América no se ajusta a un proceso cartesiano: en ella siempre sucede lo inesperado, lo que escapa a ese tipo de análisis” (1985: 236).

Esta primera escena está llena de imágenes de ese París, Norte de las aspiraciones del dictador, frente a la realidad latinoamericana (Ortiz 1986: 32): el arco de Triunfo se opone al volcán tutelar; las bandejas de plata que le rodean en su casa de la *rue de Tilsitt* con las minas de las que sale el metal con el que están fabricadas; la libertad de prensa francesa se opone a los secuestros y asesinatos del país americano; el cálculo y los logaritmos de los grandes militares alemanes tan admirados por uno

[8] Esta diferencia estaría marcada por la propia naturaleza americana, como dice el texto al referirse a la llegada de la época de lluvias: “tenían la impresión de entrar en un año de siete meses que estuviere metido, con transcurso propio, en año de doce, ignorante de las cuatro estaciones para quedar en dos” (56).

de sus generales, al método empírico que domina el arte de la guerra de los generales del Primer Magistrado, de hecho este general Hoffmann se encontrará con la verdadera realidad latinoamericana al morir tragado por una ciénaga contra la que nada pueden sus manuales europeos (75). Incluso el aspecto físico de las ciudades se contraponen no en su apariencia sino en su forma de estar en el tiempo y en el espacio:

Porque allá [...] seguía el puerto marítimo de Basilea en sus quehaceres renanos del Año Mil, en tanto que el Sena de los *bateaux-mouches* seguía medido por los inmutables trancos del Pont-Neuf de los chamarileros y tabarines renacentistas, mientras que aquí, en la hora de ahora, se trepaban las selvas sobre las selvas, se trastocaban los estuarios, mudaban de curso los ríos abandonando sus cauces de la noche a la mañana, en tanto que veinte ciudades construidas en un día, llevadas del embostado al mármol, de la zahurda al alcázar, de la guitarra payadora a la voz de Enrico Caruso, caían en ruinas, de repente, andrajosas y abandonadas, apenas un salitre cualquiera hubiese dejado de interesar al mundo (45).

Esta dependencia del Sur con respecto al Norte queda expresada con toda claridad en las palabras del Primer Magistrado al conocer el fin de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de los aliados:

–“¡Nos jodimos!” – dijo el Primer Magistrado, que contemplaba todo aquello con ceño de pocas alegrías.
 – “Pero, Presidente, el triunfo de la Razón, el triunfo de Descartes”...
 – “Mira, Peralta: con esto, pronto se nos vienen abajo el azúcar, el banano, el café, el chicle y el balatá. Se acabaron las Vacas Gordas.” (193).

Como ha dicho Jacques Joset (1995: 54), “el capítulo de apertura de *El recurso del método* es todo un ejercicio de contraposiciones espaciales (*acá / allá*) que a la vez plasman una tensión dialéctica y crean una solidaridad indisoluble entre ambos continentes”.

Esta relación se establece, sin embargo, en una confrontación de planos total, es decir, lo que en Europa se llama táctica militar, progreso, derechos humanos, al llegar a América se transforma en improvisación, especulación o represión, pero como queda claramente expresado en la novela no se trata sólo de las aberraciones que se

producen al imponer una cultura en otra realidad histórica diferente, sino también en la hipocresía europea que considera barbarie lo que sucede fuera de sus fronteras y mantenimiento del orden las mismas acciones realizadas en su territorio: cuando el Primer Magistrado empieza a sufrir el rechazo de sus amigos franceses a causa de la violenta represión y la masacre cometida en Nueva Córdoba para frenar una insurrección popular el dictador se defiende de la siguiente manera:

Y, con exaltada irreverencia, hizo desfilar ante los ojos asombrados del Ilustre Académico, como en cristales de linterna mágica, los crímenes de Simón de Montfort y la Cruzada contra los Albigenses [...]; la noche de San Bartolomé, universal sinónimo de horror; el acoso a los camisardos, las masacres de Lyon, los pontones de Nantes, el Terror Blanco después de Thermidor, y, sobre todo, sobre todo, por un hábil manejo de analogías, los días finales de la Comuna. Allí, los hombres más inteligentes y civilizados del mundo no habían vacilado, vencida la resistencia revolucionaria, en exterminar a más de diez y siete mil hombres (99-100).

Esta hipocresía europea se resuelve con el estallido de la Primera Guerra Mundial, que además de desacreditar las críticas recibidas por el Primer Magistrado a sus recursos “políticos” para controlar su país (“El Viejo Continente había fallado en lo de ofrecerse como un ejemplo de cordura”, 167) supone un florecimiento económico desconocido hasta entonces en los países subdesarrollados al convertirse en los productores de todo lo necesario para la supervivencia de los países en guerra y su posterior reconstrucción.

Esta mutua influencia es mucho más importante en la asimilación que el Sur hace de las costumbres y la cultura provenientes del Norte; no se trata sólo de que en los libros de historia del país americano se dé más importancia “al San Luis de las Cruzadas que al Simón Bolívar de Carabobo” o que ocupe más lugar “el Vaso de Soissons que la Batalla de Ayacucho” (67); o que la momia descubierta por el dictador en una de sus campañas militares contra un general golpista deba viajar al Museo del Trocadero para convertirse en cultura con mayúscula (64). Otros ejemplos más significativos de esta asimilación cultural aparecen cuando el país del Primer Magistrado empieza a buscar modelos para construir el Capitolio Nacional; se proponen imitaciones de templos griegos o romanos, del parlamento de Budapest, de El Escorial, de la Ópera de París o incluso de la Catedral de Milán en un auténtico desfile de la historia de la cultura occidental. Sin embargo, y adaptándose a los nuevos tiempos que se acercan “quedó aceptado el Proyecto N° 31 que ofrecía la solución más sencilla: una réplica del Capitolio de Washington” (154), aunque la descomunal estatua de

la República sí vendrá de Europa (156-157) (por otra parte, igual que la Estatua de la Libertad de Nueva York). Por lo demás, este es el caso del capitolio cubano.

Este es uno de los primeros ejemplos de la introducción de un nuevo modelo, coincidente además con el Norte geográfico, que va a ir penetrando en todos y cada uno de los aspectos de la vida del país latinoamericano. Pero antes de analizar esa sustitución de un Norte por otro, debemos detenernos brevemente en uno de los aspectos más interesantes de las influencias que el Norte europeo ha llevado hasta América, una influencia que disgusta tanto al dictador como a ese nuevo Norte que empieza a controlar la economía latinoamericana:

A pesar del Terror desatado desde el estallido de la primera bomba puesta en Palacio, había *algo*, algo que sus gentes no lograban apresar, algo que se les iba de las manos, que no cesaba con las prisiones, ni las torturas, ni el estado de sitio (185).

Ese *algo* se manifiesta en forma de panfletos, manifiestos y hojas clandestinas que con lenguaje directo y escueto denuncian las actividades, negocios y desapariciones de las que está siendo objeto el país por parte del dictador (así llamado en los papeles ilegales) y sus compinches. Las investigaciones darán como resultado que

No eran los anarquistas: estaban todos presos; no eran los partidarios de Luis Leoncio Martínez, ya encerrados en distintas cárceles del país; no eran los medrosos opositoristas de otras facciones, más que fichados y vigilados, que no contaban con los medios técnicos necesarios para tener una imprenta clandestina en continuo y exasperante funcionamiento (186).

A fuerza de conjeturas llegarán a la solución de que ese *algo* dedicado a socavar el poder del dictador se llama *comunismo* y es, para el Primer Magistrado, una moda más de las tantas que llegan de Europa, esta vez de la lejana Rusia en la que un tal Lenin había instaurado “el reparto de las riquezas, las tierras, el ganado, las vajillas de plata, las mujeres” (187). La cabeza visible de dicho movimiento será *El Estudiante*, otro personaje que como todos los de la novela reúne en sí las características de diversos personajes reales⁹ para convertirse en un arquetipo, un estudiante del que

[9] Carpentier declaró que el modelo principal es Rubén Martínez Villena, poeta revolucionario enfrentado a la dictadura de Machado, pero también cuenta con elementos de José Carlos Mariátegui y Pablo de la Torriente Brau (Carpentier 1985: 195 y 342).

no se sabe nada, ni siquiera el nombre exacto “de apellido Álvarez, o Álvaro, o Alvarado” (186) (como no recordar en este punto a ese hidalgo llamado Alonso Quijano o Quesada empeñado también en una lucha para modificar la realidad circundante). En relación con este tema tenemos además un buen ejemplo de la utilización de lo real maravilloso por parte de Alejo Carpentier al incluir en la novela la retirada de toda la propaganda revolucionaria que puedan encontrar los hombres del Primer Magistrado:

A las tres, ocuparon las autoridades – al mando del Teniente Calvo, experto designado – distintas librerías que ofrecían al público, en ediciones económicas, libros tales como *La semana roja en Barcelona* (opúsculo sobre la muerte del anarquista Ferrer), *El caballero de la Casa Roja*, *El lirio rojo*, *La aurora roja* (Pío Baroja), *La virgen roja* (biografía de Louise Michel), *El rojo y el negro*, *La letra roja* de Nathaniel Hawthorne – exponentes todo, según el experto, de una *literatura roja* (181).

Lista a la que se añade luego *La caperucita roja*. El delirante episodio no es, sin embargo, fruto de la imaginación del autor; como él mismo declaró, la recogida de libros ocurrió tal cual en 1930 en la Cuba del dictador Machado y el nombre del militar encargado de ello es el mismo que aparece en la novela. Dice Carpentier: “Yo vacilé en poner ese episodio en mi novela porque parecía inverosímil, increíble. Pues bien, veinte años después, en un país de Centroamérica, se hizo exactamente igual: se recogieron los mismos libros” (1985: 210).

El Estudiante y su lucha revolucionaria será uno de los elementos que ayudará a derrocar al dictador, pero desde luego no el único ni el más importante, aunque sí el que tiene una proyección hacia el futuro fundamental en una novela histórica como es esta. La pérdida del poder del Primer Magistrado se deberá principalmente a la pérdida del apoyo de los Estados Unidos, preocupados por los desórdenes sociales que ponen en peligro sus inversiones económicas y por las ideas que representa *El Estudiante*, que podrían acabar con el control que el Norte ejerce sobre el Sur. Una vez que se ha tomado la decisión de sustituir al dictador por una democracia controlada desde el Norte, nada podrá hacer el Primer Magistrado para mantenerse en el poder. Pero sus antiguos aliados no le darán la espalda del todo, ayudándole a salir del país y trasladarse hasta París, donde permanecerá exiliado hasta el fin de sus días.

3. La sustitución de un Norte por otro

Como vimos antes, la influencia de Estados Unidos, el nuevo Norte, sobre el

Sur latinoamericano se pone de manifiesto con la elección del Capitolio como modelo para el que va a ser construido en el país del Primer Magistrado. Este símbolo de influencia política tiene algunos antecedentes que desde muy temprano aparecen en *El recurso del método*. Por ejemplo, cuando se produce el primer golpe de estado contra el dictador, éste encarga a su hijo Ariel, embajador a la sazón en Washington, la compra de armamento más moderno que el que hasta ahora les ha proporcionado Europa. Las armas son entregadas sin problemas a cambio de la cesión a la United Fruit Company de la zona bananera del Pacífico,

operación demorada desde hacía demasiado tiempo por los peros, alegatos y objeciones, de catedráticos e intelectuales que no sabían sino hablar de pendejadas, denunciando las apetencias – inevitables, por Dios, inevitables, fatales, querámoslo o no, por razones geográficas, por imperativos históricos – del imperialismo yanqui (33).

Esta penetración económica es la base de la actuación del nuevo Norte frente al Sur. Será a través de la economía como los Estados Unidos irán infiltrándose en todos los aspectos de la vida latinoamericana y serán precisamente esos intereses económicos los que se convertirán en el Norte de todas las actuaciones de los futuros aliados del nuevo Imperio; así, los generales golpistas que ponen en peligro al Primer Magistrado se apresuran a declarar que “los bienes, propiedades, concesiones y monopolios, de las empresas norteamericanas, serían salvaguardados” (37). De la misma forma, los Estados Unidos ofrecerán su desinteresada ayuda al dictador para sofocar cualquier revuelta popular de inspiración izquierdista:

Viendo que el movimiento cobraba envergadura, con asomos de un sindicalismo inspirado en doctrinas foráneas, antipatrióticas, inadmisibles en nuestros países, el Embajador de los Estados Unidos ofrecía una rápida intervención de tropas norteamericanas para salvaguardar las instituciones democráticas (72).

De hecho, esas revueltas populares, encabezadas por un escultor que aparece como símbolo de una nueva creación del mundo, tienen una clara conciencia de quién es el que está oprimiendo al pueblo latinoamericano condenándolo a una perpetua dependencia:

Y vio Miguel Estatua que era bueno arriar las banderas blancas, y bueno, también, reanudar el combate. Con un cartucho de dinamita en cada mano, puesta una yesca encendida

sobre el hombro, proclamó la necesidad de resistir hasta que en lucha se consiguiera que el pan de hoy fuese Pan de Hoy, hoy ganado y hoy comido, sin deberlo a los almacenes de las compañías yankis, nacionales o “asociadas”, que regían las minas, pagando los jornales en vales contra mercancías (79).

El nuevo Norte que se va imponiendo tiene una serie de ventajas indudables en cuanto a pragmatismo y eficacia, muy alejados no sólo del Sur, sino también de la vieja Europa, Norte caduco y demasiado ocupado en una guerra lejana que no afecta directamente ni al Sur ni al nuevo Norte como no sea para favorecer sus economías, como vimos (Dorfman 1988: 76). Por ejemplo, los norteamericanos son menos sentimentales que los latinos, lo cual representa una ventaja indudable en los conflictos armados (81); su concepción moderna de la arquitectura y del espacio hace mucho más conveniente para el Primer Magistrado adoptar el modelo norteamericano para la construcción de la Prisión Modelo (203), de la misma forma que su policía es enviada a Estados Unidos para ser entrenada en la lucha contra elementos subversivos (233). Todo este proceso culmina con el final de la Primera Guerra Mundial cuando quedan establecidas las nuevas líneas de fuerza internacionales:

Los europeos – estaba demostrado – eran incapaces de vivir en paz, y había tenido el Presidente Wilson que atravesar el Atlántico para ir a poner orden en sus asuntos. Pero esta vez había sido la última. Nunca más nos molestaríamos en aportar nuestras jóvenes energías a la defensa de una cultura cuyo eje de gravitación – era tiempo de proclamarlo – se había desplazado hacia América – del Norte, desde luego, en espera que nosotros los de más abajo, acabáramos de librarnos de la maldita tradición que nos tenía viviendo en pretérito (214-215).

Y así, en las escuelas el abecedario empieza a sonar muy raro, como dice el Primer Magistrado, y en lugar del latín se escuchan frases como *This is a pencil* (213). Toda la cultura europea y española es sustituida por la historia de la Marcha al Oeste o la épica muerte del General Custer frente a las hordas de *Sitting-Bull*. La nueva situación no favorece ni gusta nada al dictador, gran amante de la cultura francesa y que se lamenta de la nueva situación en los siguientes términos: “En mala hora firmé el Decreto instituyendo el estudio del inglés en los colegios. Ahora todo el mundo, aquí, sabe decir: *Son of a bitch*” (218).

Como el Primer Magistrado advierte a su principal enemigo, *El Estudiante*, en la única reunión que habrá entre ellos, “no te olvides de que los gringos son los

romanos de América. Y contra Roma no se puede” (240). Los *marines* desembarcarán para terminar definitivamente con el régimen dictatorial que habían mantenido hasta ese momento y poner orden, es decir, instaurar una democracia y un nuevo presidente¹⁰, que gracias a un rápido empréstito norteamericano, empieza a pagar los sueldos atrasados de los empleados públicos (319). El primer discurso del nuevo presidente es toda una declaración de principios del nuevo orden mundial, orden al que por fin el Sur ha conseguido incorporarse gracias a “las Bodas Místicas del Águila y del Cóndor”, a “la fecundación de nuestro inagotable Suelo por la Inversión Extranjera”, frente a “una Europa agonizante, agotada, ya sin savia ni genio” (320).

En el inicio de una nueva Era, en que las tesis–antítesis Norte–Sur, complementándose en lo telúrico y lo científico, desembocarían en la construcción de una Nueva Humanidad [...], marcando el ocaso de las Dictaduras en este continente, estableciendo una Democracia auténtica y verdadera, donde habría libertad de acción sindical, siempre que ésta no rompiera con una necesaria armonía entre el Capital y el Trabajo; se reconocía la necesidad de una oposición, siempre que fuese una *oposición cooperativa* (crítica sí, pero siempre *constructiva*); se aceptaba el derecho de huelga, siempre que las huelgas no paralizaran las empresas privadas ni los servicios públicos (320-321).

Sobre estas bases se establecen las nuevas relaciones Norte–Sur, relaciones que como hemos visto llegan dirigidas desde el nuevo Norte encarnado en el Imperialismo norteamericano. Frente a este nuevo orden, el Primer Magistrado deja de tener un papel en el mantenimiento de las nuevas estructuras (Labastida 1974: 30). Su función represora ha sido cumplida con eficacia y el otrora Presidente temido, admirado, odiado o despreciado, no tiene más remedio que refugiarse en el lejano paraíso que representa París. Y así, acompañado sólo de su vieja criada y amante, la única que le sigue siendo fiel, comenzará un exilio en un París cambiado, ajeno ya a aquel Norte que fue, que le ignora a través de sus antiguos conocidos y de una concepción de la historia que no le admite como figura histórica digna de figurar en el *Larousse*: “¿Figura usted en el Pequeño Larousse? ¿No?... Pues entonces está jodido’... Y aquella tarde lloré. Lloré sobre un diccionario –“*Je sème à tout vent*” – que me ignoraba” (293).

[10] Pero como afirma José Alcántara (1980: 39), “la diferencia entre una dictadura de derecha y un régimen democrático–burgués a veces no es más que un delgado tabique de libertades políticas limitadas”.

Sin embargo, desde el momento en que el dictador se instala en Europa definitivamente, América empieza a convertirse en una presencia absoluta en su vida, hasta tal punto que este hombre, incapaz de comprender la historia ni el tiempo en el que vive, se instala en un espacio y en un tiempo fuera del espacio físico y del tiempo en el que se encuentra. A partir de entonces, todas sus comidas estarán preparadas con ingredientes americanos, condimentadas según la tradición latinoamericana, sus horarios y su forma de vida será una copia del ritmo latinoamericano, de forma que París empieza a desdibujarse. Ni siquiera comprará periódicos franceses, sino que leerá con retraso los que llegan desde América, creándose la falsa ilusión de estar viviendo en el Sur dentro de un Norte que le ignora para siempre.

Cuando llega el momento de su muerte, en una síntesis completa de ese período de la historia de Latinoamérica y también de Europa, el Primer Magistrado será enterrado en París en un Panteón que además de cobijar su cuerpo guarda en un arca un poco de Tierra del Sagrado Suelo Patrio. Tierra que la hija del dictador muerto ha recogido en los jardines del Luxemburgo, porque los símbolos del poder absoluto ya no interesan a nadie y porque de acuerdo con el nuevo pragmatismo imperante, “la Tierra es tierra de la Tierra en todas partes” (343).

Sin embargo, la novela, como la historia, no termina con la muerte de su protagonista. Carpentier lleva esta historia hasta el momento presente, el momento en que se está escribiendo la novela, 1972, con una cita más de Descartes, la última, una cita dirigida esta vez directamente al lector contemporáneo: “arretez-vous encore un peu à considérer ce chaos” (341). Así, la relación Norte-Sur no ha concluido con la sustitución definitiva de un Norte por otro, como tampoco la esperanza que representa la lucha de los Estudiantes en su empeño por cambiar el mundo, porque la batalla no está perdida para un Sur que podría ser por fin el Nuevo Mundo.

Bibliografía

- ALCÁNTARA ALMÁNzar, José (1980) “La dictadura y el dictador latinoamericano en *El recurso del método* de Alejo Carpentier”, en *El dictador en la novela latinoamericana*, Santo Domingo, Voluntariado de las Casas Reales, pp. 27-42.
- BENEDETTI, Mario (1976) “El recurso del supremo patriarca”, *Casa de las Américas*, 98, pp. 12-23.
- CALVIÑO IGLESIAS, Julio (1985) *La novela del dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- CARPENTIER, Alejo (1964) Prólogo a *El reino de este mundo*, La Habana, Bolsilibros Unión.

- (1984a) *Ensayos*, La Habana, Letras Cubanas.
- (1984b) *El recurso del método*, Madrid, Siglo XXI.
- (1985) *Entrevistas. Alejo Carpentier*, edición de Virgilio López Lemus, La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- CEREZO, María del Carmen (1981) “Del *Discurso* al *Recurso del método*: Descartes y Carpentier”, *Sin Nombre*, 12, 2, pp. 96-106.
- COPLESTON, Frederick (1984) *Historia de la Filosofía*, Barcelona, Ariel, pp. 66-147.
- DELLEPIANE, Angela B. (1977) “Tres novelas de la dictadura: *El recurso del método*, *El otoño del patriarca*, *Yo, el Supremo*”, *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 29, pp. 65-87.
- DESCARTES, René (1988) *Discurso del método*, Barcelona, Ediciones B.
- DORFMAN, Ariel (1988) “Entre Proust y la momia americana: siete notas y un epílogo sobre *El recurso del método*”, en *De elefantes, literatura y miedo: Ensayos sobre la comunicación americana*, La Habana, Cuadernos Casa de las Américas, pp. 69-101.
- GARCÍA BORRÓN, Juan Carlos (1988) Introducción a Rene Descartes, *Discurso del método*, Barcelona, Ediciones B.
- GERSAK, Ursa (1998) “Dos presos de la nación: El Patriarca en *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez. El Primer Magistrado en *El recurso del método* de Alejo Carpentier”, *Verba Hispanica*, VII, pp. 131-147.
- GNUTZMANN, Rita (1975) “Alejo Carpentier: *El recurso del método*”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 4, pp. 324-326.
- HARVEY, Sally (1984) *Carpentier's Proustian Fiction, The Influence of Marcel Proust on Alejo Carpentier*, Londres, Tamesis
- JONES, Julie (1983) “The Picaroon in Power: Alejo Carpentier's *El recurso del método*”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 7, 2, pp. 263-271.
- JOSET, Jacques (1995) *Historias cruzadas de novelas hispanoamericanas*, Madrid, Iberoamericana.
- LABASTIDA, Jaime (1974) “Alejo Carpentier: realidad y conocimiento estético. (Sobre *El recurso del método*)”, *Casa de las Américas*, 87, pp. 21-31.
- MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis (1974) “Dos dilucidaciones en torno a Alejo Carpentier”, *Casa de las Américas*, 87, pp. 35-44.
- MEJÍA DUQUE, Jaime (1975) “Los recursos de Alejo Carpentier”, *Casa de las Américas*, 89, pp. 155-158.

- MILIANI, Domingo (1981) "El dictador, objeto narrativo en *El recurso del método*", *Revista Iberoamericana*, vol. XLVII, nº 114-115, pp. 189-225.
- MÜLLER-BERGH, Klaus (1981) "Alejo Carpentier, 1974: una charla con el novelista cubano", *Sin Nombre*, 12, 2, pp. 117-123.
- ORTIZ, María Salvadora (1986) "La concepción de lo real maravilloso en Alejo Carpentier: una lectura de *El recurso del método*", *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 12, nº 2, pp. 25-43.
- REALE, Giovanni y Dario ANTISEI (1988) *Historia del pensamiento filosófico y científico*, II, Barcelona, Herder.
- SARTRE, Jean Paul (1957) *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada.
- VALENSIN, Auguste (1963) *Imágenes de Descartes*, Madrid, Taurus.
- WYERS, Frances (1983) "Los contextos de *El recurso del método*, de Carpentier", *Revista Iberoamericana*, 123-124, pp. 323-334.